

CONCIERTO POR LOS HÉROES

JUAN FERNANDO
VELASCO
JULIANA
MILENA BENITES
TIMØ
ARELYS HENAO
ARTISTAS SORPRESA

TEATRO MAYOR
JULIO MARIO
SANTO DOMINGO
JUEVES
16 DE ABRIL

EN HOMENAJE A LOS SOLDADOS
DE TIERRA, MAR, AIRE Y RÍO
DE LAS FUERZAS MILITARES
DE COLOMBIA



Barceloneta



LEIDY
BARBOSA
RAMÍREZ

lbarbosa@elespectador.com
@leidyramirez

Cuando una ciudad crece, no solo se expanden sus vías y edificaciones; también se tensan los límites entre el desarrollo y la vida que ya habita esos espacios. En Bogotá, la transformación de la carrera Séptima, iniciada el 30 de marzo de 2026, reavivó una pregunta incómoda pero inevitable: ¿qué se gana —y qué se pierde— cuando el concreto avanza sobre lo verde?

¿Cuáles son las funciones de un árbol?

Un árbol urbano, especialmente cuando ha alcanzado su madurez, cumple un papel complejo. Como explica Melizza Ordóñez, directora de Ingeniería Ambiental de Unigraria, su presencia es clave para el equilibrio de la ciudad debido a que: Regula la temperatura, reduciéndola entre 2 y 8 °C, gracias a la sombra y la evapotranspiración. Captura contaminantes como dióxidos de nitrógeno, azufre y material particulado. Actúa como un sumidero de carbono, almacenando CO₂ y liberando oxígeno, lo que contribuye a mitigar el cambio climático.

A esto se suma su capacidad para gestionar el agua: interceptar la lluvia, reducir la escorrentía y ayudar a prevenir inundaciones. Además, son soporte de biodiversidad al servir de hábitat para aves, insectos y otras especies que dependen de estos espacios para sobrevivir.

“Y hay un punto clave en todo esto: entre más viejo es el árbol, más eficientes y robustas son todas estas funciones”, aseguró Ordóñez.

Por ejemplo, un árbol maduro puede absorber hasta 150 kg de contaminantes al año y filtrar partículas finas como polvo o humo en sus hojas y corteza. Su ubicación estratégica incluso se asocia con beneficios para la salud física y mental.

Crecimiento urbano vs. conservación del arbolado

La tala no siempre es evitable; según explica Ordóñez, en muchos casos responde a proyectos de infraestructura o a riesgos asociados al estado del árbol. En una ciudad que sigue creciendo y demanda mejores vías y sistemas de transporte, estas intervenciones resultan, en ocasiones, necesarias.

“Sembrar en otro lugar no reemplaza los servicios ecosistémicos que se pierden en el sitio original. También puede romper la conectividad ecológica y reducir la biodiversidad local. Aun así, cuando el



Estas decisiones, deben integrarse de manera estructural en instrumentos como el POT. /Mauro Alvarado

Tala de árboles

Árboles urbanos: por qué son claves en la ciudad y qué se pierde al talarlos

En Bogotá, cada árbol talado abre una pregunta que va más allá del desarrollo urbano: ¿qué se pide cuando desaparece un árbol que tardó décadas en crecer?

espacio se transforma —por ejemplo, con la construcción de una vía—, esta compensación resulta necesaria para mitigar el impacto en otras zonas”, señala Ordóñez.

Entonces, ¿es posible compensar la pérdida de un árbol maduro sembrando nuevos ejemplares?

No en términos equivalentes. En proyectos urbanos como el corredor de la Séptima, se contemplan medidas de compensación para mitigar el impacto ambiental. Y es que, según Fabián Caicedo, subsecretario de Control Ambiental, el IDU solicitó la tala de cerca de 1.100 árboles. Frente a esto, la Secretaría

de Ambiente evaluó el proyecto y estableció la siembra de más de 4.200 árboles nativos a lo largo del corredor.

A primera vista, las cifras sugieren una reposición suficiente. Sin embargo, la realidad es que un árbol joven no reemplaza de inmediato lo que se pierde con la tala de uno maduro. Esto no significa que sembrarlos no tenga valor. Por el contrario, según Sebastián Niño, ingeniero agroecólogo, los árboles nativos ofrecen ventajas importantes: al estar adaptados a las condiciones del territorio, tienen mayores probabilidades de sobrevivir y requieren menos intervención. Además, se integran mejor con la fauna local, sosteniendo relaciones ecológicas más complejas y favoreciendo la presencia de aves, insectos y otros organismos propios del ecosistema.

Sin embargo, estos beneficios tienen límites en el corto plazo. Como explica Ordóñez, el tiempo es un factor determinante: un árbol joven puede tardar entre 10 y 30 años en acercarse a los beneficios de uno adulto, y en muchos casos nunca logra igualarlos completamente. Esto se debe a que funciones como

la sombra, la captura de carbono o el soporte de biodiversidad dependen del tamaño, la edad y la complejidad del entorno en el que crece.

A esta brecha temporal se suma el mantenimiento. Según Niño, los árboles jóvenes requieren riego, poda y seguimiento constante para garantizar su establecimiento, mientras que un árbol maduro ya está consolidado y presta sus servicios ecosistémicos de manera más estable.

Aun así, no compensar agrava el problema. “Si se tala un árbol y no se realiza una compensación, se deterioran las condiciones de infiltración del agua, lo que puede generar encharcamientos y procesos de erosión. También se pierde hábitat para insectos, aves y otros animales, e incluso para algunos mamíferos, y disminuyen servicios ecosistémicos como la regulación de la temperatura”, explica Niño.

En el fondo, lo que está en juego es la forma en que la ciudad entiende su propio desarrollo. Crecer implica transformar, sí, pero también reconocer que un organismo vivo como un árbol no es reemplazable en los mismos tiempos ni con los mismos resultados.

Por eso, ahora la discusión exige preguntas más precisas: ¿dónde se siembra?, ¿qué especies se priorizan? Y ¿con qué propósito? La ciudad no solo necesita más árboles, sino una mejor distribución de estos. Por ejemplo, según una investigación liderada por Rodrigo Mutis Rangel, biólogo y magíster en Geografía de la Universidad Nacional de Colombia, la distribución de árboles es profundamente desigual: mientras localidades como Suba concentran más de 320.000 individuos, otras como Bosa apenas alcanzan los 46.000, lo que evidencia una brecha en el acceso a la naturaleza y a sus beneficios.

Cerrar esa brecha implica enfocarse en la siembra en las zonas con menor cobertura, diversificar las especies —evitando monocultivos— y fortalecer estructuras ecológicas clave como humedales, cerros y corredores ambientales. Estas decisiones, además, deben integrarse de manera estructural en instrumentos como el POT, para que no dependan de acciones aisladas, sino de una visión de ciudad a largo plazo.

“Y hay un punto clave en todo esto, entre más viejo es el árbol, más eficientes y robustas son todas estas funciones”, aseguró Ordóñez.